



La conversión del pueblo hizo rápidos progresos durante el reinado de Olav II, sucesor de Erico II, siendo en esta época cuando los godos abrazaron el cristianismo, en tanto que los suevos permanecieron paganos en su mayor parte. Olav II, de concierto con el rey Swen de Dinamarca, hizo la conquista de la Noruega, y fué el primero que llevó el título de rey de Suecia. Habiéndose extinguido la dinastía real á mediados del siglo XI, un conde godo llamado Stenkil subió al trono, siendo seguido este acontecimiento de una serie de guerras intestinas entre los godos y los suecos, guerras que á la vez eran religiosas, por dominar aún el paganismo entre los suecos, y que terminaron á mediados del siglo XII, desapareciendo entónces por completo el paganismo de la Suecia, que al fin salió de la barbarie.

El mediodía de Italia habia caído en un estado completo de anarquía durante la primera mitad del siglo décimo, y el emperador Luis II intentó inútilmente hacer reconocer su autoridad en este país y arrojar de él á los sarracenos, que despues de su muerte se establecieron de nuevo en Bari y tomaron parte activa en las guerras entre los duques griegos y lombardos. Los ducados de Nápoles, Gaeta y Amalfi formaban parte del imperio griego; pero los emperadores de Constantinopla no ejercian autoridad sobre los duques que gobernaban estas comarcas como soberanos, y que tenian que sostener frecuentes guerras contra los sarracenos y contra los duques lombardos de Benevento, Capua y Salerno. Luégo que Oton el Grande reunió la Italia bajo su cetro, hizo que los duques lombardos le rindieran pleito homenaje, y con el objeto de extender su dominación sobre todo el mediodía de Italia, pidió para su hijo Oton II la mano de la princesa griega Teofania, hermana de Basilio II. Esta demanda le fué concedida, aunque sin obtener las provincias italianas como él esperaba; por cuya razon Oton II trató de conquistarlas; pero fué vencido por los griegos, que se habian coaligado con los sarracenos.

Á principios del siglo XI, unos caballeros normandos, que volvian de una peregrina-

nación á la Tierra Santa, llegaron á las costas de la Pulla para visitar allí una capilla dedicada al arcángel San Miguel, y como el duque lombardo de Salerno implorase su auxilio, le ayudaron á combatir y vencer á los sarracenos. Más tarde, otros caballeros normandos, atraídos por las recompensas concedidas á sus compatriotas, se dirigieron al mediodía de Italia y se pusieron al servicio de los príncipes italianos, hasta que habiendo aumentado considerablemente su número, escogieron por jefe á un señor normando, llamado Rainulfo, el cual prestó homenaje al emperador de Alemania Enrique II, que se hallaba en aquella ocasion en el mediodía de Italia, con el objeto de someter este país á su autoridad. Despues de la marcha del emperador, Rainulfo obtuvo del duque Sergio de Nápoles el condado de Aversa, del que hizo homenaje al emperador Conrado II, en ocasion en que este príncipe hizo una nueva tentativa para conquistar la Italia meridional.

La buena fortuna de los normandos en el mediodía de Italia, causó envidia á la alta nobleza del ducado de Normandía. Los tres hijos de Tancredo de Hauteville, Guillermo, Drogon y Unfredo, se trasladaron allí con un séquito numeroso y se apoderaron de la ciudad griega de Amalfi. Guillermo, el primogénito de los tres hermanos, llamado Brazo de hierro, tomó el título de conde de Pulla, país que conquistó de los griegos, y su hermano Drogon, que le sucedió, tomó este ducado como feudo del emperador Enrique III, y se le dejó á su tercer hermano Unfredo. Entónces Roberto Guiscard y Rogerio, hijos tambien de Tancredo, llegaron á Italia é hicieron en ella rápidas conquistas, hasta que el temor de ver caer todo el mediodía de Italia en poder de los normandos, obligó á los duques griegos y lombardos á hacer entre ellos una alianza, á la que se unió el papa Leon XI; pero los aliados fueron derrotados por los normandos en la batalla de Civitella, á pesar de lo cual, los jefes de los normandos prestaron homenaje al papa y se reconocieron vasallos de la Santa Sede para todas las conquistas que en lo sucesivo pudiesen hacer en Italia. Roberto Guis-



card reunió al fin todo el mediodía de Italia bajo su dominio, y fundó el reino de Nápoles, que comprendia tambien la Sicilia, de donde su hermano Rogerio habia arrojado á los sarracenos despues de una guerra de treinta años. La fundación de este reino, que continuó siendo feudo de la Santa Sede, cambió completamente el estado político de Italia, porque los reyes de Nápoles y Sicilia tardaron en tomar parte activa en los negocios de este país.

El imperio germánico, fundado en la mitad del siglo II por la reunion de las dos coronas de Alemania y de Lombardía á la diadema imperial, ocupó el primer rango entre los Estados cristianos del Occidente, y estableció entre ellos un nuevo lazo político. Porque los emperadores de Alemania fueron desde entónces considerados como jefes temporales de la cristiandad, cuyos jefes temporales eran los soberanos pontífices, y la union de los dos poderes ejerció una benéfica y dichosa influencia en el desenvolvimiento religioso y moral de la sociedad. Desgraciadamente la tendencia de los emperadores á extralimitar su autoridad y á arrogarse un poder absoluto, encendió la guerra de las investiduras, en la cual los soberanos pontífices combatieron por las libertades religiosas y políticas de los pueblos contra príncipes tiránicos y arbitrarios. Esta lucha comenzó bajo Gregorio VII.

Oton el Grande devolvió la tranquilidad á la Lombardía, desde tan largo tiempo turbada por guerras intestinas; para consolidar en ella su autoridad y para disminuir el inmenso poder de los señores laicos, dió á los obispos la soberanía en la mayor parte de las grandes ciudades de la Lombardía, soberanía que debian ejercer en calidad de vasallos del imperio. De esta manera preparó la prosperidad futura de estas ciudades. Sin embargo, el emperador manchó su gloria haciendo deponer al papa Juan XII, á quien acusaba de serle hostil, y colocando un usurpador en el solio pontificio. Hizo inútiles tentativas para extender su dominación sobre el mediodía de Italia; fué más feliz en sus guerras contra los polacos y los daneses, y dejó el trono afirmado por sus vic-

torias á su hijo Oton II, á quien los señores de Alemania habian ya reconocido por su sucesor.

Oton II tuvo en un principio que combatir á su primo, el duque Enrique de Baviera, que habia tomado el título de rey y hecho alianza con el duque de Bohemia y el rey de Dinamarca. Enrique fué derrotado y desterrado; el emperador dió el ducado de Baviera á su propio sobrino Oton. Para poner fin á las turbulencias que no cesaban de agitar la Lotaringia, Oton II dividió este país en dos ducados, Alta y Baja Lorena, y confirió este último ducado á Carlos, hermano del rey Lotario de Francia.

Lotario quiso aprovecharse de esta circunstancia para reunir de nuevo la Lotaringia á la Francia; pero se vió precisado á renunciar á su propósito, por la actitud del emperador, que fué á acampar bajo los muros de París. Oton II murió despues de una desgraciada expedición contra los griegos en el mediodía de Italia. Su hijo Oton III, que tenía solamente tres años, le sucedió con el consentimiento de los señores, y bajo la tutela de su madre Teofania, y de su abuela Adelaida; estas princesas confiaron la educación del jóven príncipe al sabio abad Gemberto, y gobernaron el imperio.

El duque Enrique de Baviera, volviendo del destierro despues de la muerte de Oton II, intentó de nuevo, pero sin éxito, apoderarse de la corona; volvió á entrar sin embargo en posesion de su ducado, del cual separó la Marca del E.; ésta fué desde entónces llamada Austria, y la erigió en margraviato bajo la soberanía de los duques de Baviera; el conde Leopoldo fué el primer margrave. Llegado á la edad de diez y seis años, Oton III se dirigió á Roma, y restableció en ella el órden, que habia sido turbado en diferentes ocasiones por las intrigas de los bandos de la nobleza romana. Habiendo subido Gerberto al solio pontificio, bajo el nombre de Silvestre II, Oton III pensaba en establecer su residencia en Roma, cuando le arrebató la muerte en la flor de su vida. La rama primogénita de la casa de Sajonia se extinguió con él.

Enrique II, duque de Baviera, fué elevado al trono por los señores de Alemania, y se de-





fendió contra el duque Hermando de Suabia, que aspiraba igualmente á la corona. Venció despues al margrave Arduin de Ibreá, que se habia hecho coronar rey de los lombardos, y mantuvo de este modo la integridad del imperio. La guerra contra Boleslao el Atrevido, rey de Polonia, que se habia apoderado de la Bohemia, ocupó á Enrique II una gran parte de su reinado; la terminó por un tratado en virtud del cual Boleslao renunciaba á la Bohemia. Habiendo estallado nuevas turbulencias en Roma despues de la muerte de Oton III, Enrique II se trasladó en muchas ocasiones á Italia; pero no pudo restablecer el orden en Roma, y no tuvo buen éxito en la tentativa que hizo para someter el mediodía de Italia á su cetro. El emperador y su mujer, la piadosa emperatriz Cunegonda, dieron en el trono el ejemplo de las más bellas virtudes cristianas y merecieron el honor de la canonizacion. Enrique II era el último descendiente de la casa de Sajonia, la cual habia ocupado el trono durante más de un siglo.

Á la extincion de la casa de Sajonia, los señores eclesiásticos y légos de Alemania se reunieron en Asamblea electoral en una gran llanura entre Maguncia y Worms, y eligieron á Conrado, conde de Franconia, que no poseia muchos bienes, pero que era generalmente estimado por la firmeza y lealtad de su carácter. La casa de Franconia ocupó el trono de Alemania durante un siglo. Conrado fué coronado rey de los lombardos por el arzobispo Herberdo de Milan, y recibió la diadema imperial en Roma de manos del papa; pero no consiguió someter á su autoridad el mediodía de Italia, donde los normandos acababan de establecerse. La adquisicion del reino de Arles despues de la muerte del último rey Rodolfo III, con quien Conrado habia hecho un tratado de sucesion, comprometió á Conrado en una guerra contra el conde Odon de Campaña, que alegaba derechos á este reino y que al fin tuvo que renunciar. Conrado coronó en seguida á su primogénito Enrique como rey de Borgoña y al mismo tiempo le dió la investidura de los dos ducados de Suabia y de Baviera, de manera que la autoridad de este jóven príncipe se extendia

desde el Ródano hasta las fronteras de la Hungría. El emperador obligó además al rey de Polonia á reconocerse vasallo del imperio, á cuyo engrandecimiento contribuyó poderosamente. Tambien intervino en la lucha que estalló en la Lombardia entre los habitantes de las grandes ciudades y los obispos, y apresuró el establecimiento de las constituciones comunales de estas ciudades. Para disminuir el poder de los grandes vasallos de la corona en Lombardia, el emperador decretó por medio de un edicto que tuvieran derecho á la herencia de los feudos todos los vasallos del rey. Murió sin poder aplacar los desórdenes que tales medidas provocaron en Italia.

Enrique III sucedió á su padre sin la menor oposicion; conservó al principio el gobierno directo de los vastos feudos de que habia sido investido y les mandó administrar en su nombre. Sin embargo, el descontento de los bávaros, carintios y suevos, le hizo restablecer entre ellos las dignidades ducales; pero tuvo cuidado de elegir señores extraños á los países cuyo gobierno les confiaba; los duques fueron, en vez de jefes de tribus, funcionarios del rey. Enrique III aumentó de este modo su poder y sometió al duque Bretislav de Bohemia, que habia conquistado á Polonia y que se negaba á prestar juramento de fidelidad. La guerra contra Godofredo el Barbudo, duque de la Alta Lorena, terminó con la destitucion de este señor, que se refugió en Italia, donde casó con la duquesa Beatriz de Toscana. El poderoso emperador introdujo en todo su vasto imperio la institucion de *Tregua de Dios*, é impuso penas civiles además de la excomunion á los que violáran esta paz. Enrique III intervino en la guerra de sucesion de Hungría, y el rey Pedro accedió á recibir de él á título de feudo la corona de Hungría. Pero este vasallaje no fué duradero; elevado al trono por los señores húngaros, Andres sostuvo una larga guerra contra el emperador y reconquistó la independendencia de la Hungría. Milan y la mayor parte de las grandes ciudades de la Lombardia desconocieron la autoridad de sus obispos y se dieron constituciones comunales. Enrique III, que no habia hecho nada para impedir este cambio, res-



tableció el orden en Roma y se arrogó el derecho de designar los candidatos al trono pontifical. En los últimos años de su reinado gobernó despóticamente; destituyó al duque Enrique de Baviera, sin hacerle juzgar ántes por el consejo feudal, y castigó con crueldad á los sajones que defendian su nacionalidad. Murió de repente, no dejando más que un hijo de seis años de edad, llamado Enrique IV, á quien habia hecho reconocer por su sucesor.

La emperatriz Ines, madre de Enrique IV, fué la tutora de su hijo y gobernó el imperio en su nombre; terminó la guerra con Godofredo el Barbudo, dándole la investidura del ducado de Toscana, y cediendo al conde Balduino V de Flándes, aliado de Godofredo, las islas Zeelandesas, con las comarcas conquistadas por él en las márgenes del rio Dender. Restableció despues los ducados de Suabia, Carintia y Baviera, y dió este último al conde sajón Oton de Nordheim. Pero la confianza que otorgó al obispo Enrique de Augsburgo, hombre ambicioso y altivo, disgustó á los principales señores, que le pusieron en la necesidad de ceder la tutela de su hijo y el gobierno del imperio al arzobispo Annon de Colonia, prelado muy piadoso y de carácter enérgico. Pronto, sin embargo, quedó libre el jóven príncipe de esta tutela; durante la ausencia de Annon, que se habia trasladado á Italia, tomó las riendas del gobierno y colmó de favores al arzobispo Adalberto de Brema. Este prelado, que aspiraba al alto honor de ser primado del norte de la Alemania, odiaba á los sajones porque se oponian á sus designios ambiciosos, é inspiró este mismo odio al jóven rey. Enrique IV comenzó entónces á oprimir á los sajones, y se abandonó sin freno á las más vergonzosas pasiones, hollando todas las leyes divinas y humanas. Pero encontró una enérgica resistencia de parte del papa Gregorio VII, que defendió los derechos de la Iglesia y de los pueblos.

Las invasiones de los normandos y de los sarracenos en Francia y en Italia; las incursiones de los magiares por la Alemania, y las numerosas guerras intestinas de casi todos los países del Occidente, tales son las causas principales de la barbarie que invade la Europa

durante el siglo IX. La desmoralizacion general cundió hasta en el mismo clero; su disciplina se relajó; los obispos, que se habian hecho miembros de la nobleza feudal, tomaron parte en las guerras que sostenian los señores legos; los monasterios, estos asilos de la ciencia y del estudio, desaparecieron en gran parte á los golpes de los bárbaros, y los que no fueron destruidos, degeneraron como consecuencia de la no observancia de su regla. El mal llegó á su colmo cuando los soberanos empezaron á vender las dignidades supremas de la Iglesia á los hombres ambiciosos y corrompidos, que las deshonoraban con su mala conducta. El movimiento científico, que habia recibido un grande impulso por parte de Carlo-Magno, quedó paralizado; las escuelas fueron destruidas, y desapareció casi por completo la cultura de las ciencias y de las letras.

Esta decadencia moral é intelectual duró hasta mediados del siglo X, época en que terminaron las invasiones de los normandos, sarracenos y magiares. La fundacion del imperio germánico por Oton el Grande, y el advenimiento de los Hugos Capetos al trono de Francia, contribuyeron al mismo tiempo al restablecimiento del orden en los principales países del Occidente. Pero la regeneracion religiosa fué principalmente obra de la orden de Cluny, que llegó á ser un verdadero centro de virtud y de ciencia, y que extendió su accion bienhechora á todos los países de Europa. El monasterio de Cluny, fundado por Guillermo VI, duque de Aquitania, y dirigido por el piadoso Bernon, alcanzó un alto grado de esplendor bajo San Odon, sucesor de Bernon. La regla de San Benito se observaba en él con la mayor exactitud; la piedad y la ciencia de los monjes de Cluny les hizo tan célebres que fueron llamados de léjos para fundar nuevos conventos ó para reformar los que ya existian. Bajo San Odilon, que fué abad de Cluny cincuenta años, esta orden se extendió por Alemania, Italia, Polonia y España, y ejerció una influencia benéfica en toda la sociedad. Se establecieron escuelas en los conventos de la orden de Cluny. Los monjes, á la vez que cultivaban las ciencias y las letras, trabajaban sin descanso en la moraliza-





cion del pueblo. A San Odilon se debe la *tregua de Dios*, que tan poderosamente contribuyó á la civilización del Occidente.

Esta reforma, á pesar de su importancia, no era bastante para extirpar el mal de raíz; la *simonía* se generalizó de tal manera á fines del siglo XI, que hasta la Santa Sede estuvo bajo la dependencia de los emperadores de Alemania. Las intrigas de las familias nobles de Roma para hacerse dueñas del poder supremo, bien fuera despojando á los soberanos pontífices de su autoridad temporal, ó ya colocando en el trono pontifical á uno de sus miembros, turbaron muchas veces el orden en Roma durante los siglos IX y X. Oton el Grande, luego que recibió la diadema imperial, se propuso acabar con estos desórdenes, y al efecto depuso al papa Juan XII, y sostuvo por la fuerza al usurpador Leon VIII, pero esta medida aumentó el desorden. Despues de su salida de Roma, dos familias se disputaron el poder: la familia senatorial de los Cencius y la de los condes de Túsculum. Los soberanos pontífices perdieron casi por completo su autoridad, y los emperadores Oton II y Oton III intervinieron más de una vez para restablecer el orden. Por último, Oton III castigó con la pena capital á Crescencio, jefe de la familia de los Cencius, y á sus principales partidarios, y con su apoyo ocupó el trono pontifical el sabio Gerberto bajo el nombre de Silvestre II. Pero á la muerte de este pontífice los condes de Túsculum se apoderaron de la soberanía temporal de Roma, y la ejercieron de consentimiento y con el apoyo de los emperadores Enrique II y Conrado II; muchos miembros de esta poderosa familia cifieron sucesivamente la tiara.

El emperador Enrique III se restituyó á Roma para reprimir las intrigas y violencias de la nobleza romana y restablecer la soberanía temporal de la Santa Sede. Pero se arrogó el derecho de intervenir directamente en el nombramiento de los papas, y elevó á esta suprema autoridad á varios obispos alemanes. Es verdad que estos prelados fueron dignos de la autoridad de que estaban investidos; pero el mal continuó siendo grande. El papa Leon IX, secundado por el monje italiano Hildebrando,

comenzó á trabajar activamente en la reforma del clero y abolición de la simonía. Durante la minoridad del emperador Enrique IV, Hildebrando decidió al papa Nicolas II á que restableciera la libertad de las elecciones pontificales; se determinó que los soberanos pontífices fueran en lo sucesivo elegidos exclusivamente por los cardenales de la Iglesia romana, y que el emperador no conservara otro derecho que el de confirmar la elección hecha canónicamente. Esta decisión, ratificada por un concilio reunido en Roma, disgustó á los consejeros de la emperatriz Ines, y cuando á la muerte de Nicolas II los cardenales eligieron á Alejandro II, un decreto imperial anuló esta elección y confirmó la de Honorio II, á quien dieron la tiara algunos obispos simoníacos de la Lombardia; pero el intruso no consiguió sostenerse. Alejandro II siguió las huellas de sus predecesores; pero sus esfuerzos por restablecer la disciplina eclesiástica se estrellaron ante la resistencia del emperador y sus depravados consejeros, que continuaron haciendo un tráfico escandaloso de las dignidades eclesiásticas. El papa se vió en la necesidad de excomulgar á los consejeros del emperador, con cuyo hecho dió principio la lucha entre el sacerdocio y el imperio.

Á la muerte de Alejandro II ocupó el trono pontifical Hildebrando, con el nombre de Gregorio VII.

Dos asuntos importantes, que habian ya ocupado á muchos de los predecesores de Gregorio VII, reclamaron toda la solicitud de este pontífice: restablecer la disciplina en el clero y sacarle de la dependencia del poder civil. Para conseguir este fin, el papa convocó en Roma un concilio general, en el que se decretaron medidas enérgicas contra la *simonía* al principio, y despues contra los individuos del clero que con su conducta hollaran las antiguas leyes de la Iglesia referentes al *celibato eclesiástico*; el concilio prohibió al mismo tiempo á los fieles asistir á los oficios celebrados por sacerdotes simoníacos, ó que con su mala conducta deshonraran su carácter sacerdotal. Estos decretos produjeron un gran descontento en el clero y en los príncipes seculares, que se enriquecían



y acrecentaban en autoridad con el tráfico de las dignidades eclesiásticas. Gregorio VII creyó necesario prohibir en absoluto *toda investidura eclesiástica* dada por un príncipe ó señor lego: esta prohibición la decretó un segundo concilio reunido en Roma; además, este concilio prohibió á su vez á los príncipes dar y á los obispos recibir, *antes de su consagración*, la investidura de los feudos agregados á las sillas episcopales, porque esta investidura habia sido uno de los medios más poderosos empleados por los príncipes para disponer de las dignidades eclesiásticas. Los legados llevaron estos decretos á todos los países cristianos de Europa, y principalmente á Francia y Alemania, donde dominaba la simonía. El rey Felipe I prometió respetarles; pero el emperador Enrique IV creyó que podia despreciar impunemente las leyes de la Iglesia.

Enrique IV, que seguía en todo los consejos del arzobispo Adalberto de Brema, trató á los sajones con el mayor rigor, elevó al ducado de Baviera al conde sajón Oton de Nordheim y rechazó la investidura del ducado de Sajonia á Magno, hijo y sucesor de Ordulfo. Además, para prevenir una insurrección de los sajones, levantó en la Sajonia numerosos castillos fortificados, cuyas guarniciones cometían las más atroces violencias contra los habitantes del país. Para subvenir á los excesivos gastos de su corrompida corte, vendió las dignidades eclesiásticas á los que ofrecían más; de manera, que el papa Alejandro II se vió en la necesidad de pronunciar la excomunicación contra los consejeros de este príncipe. Los sajones tomaron entonces las armas y derrotaron al emperador. Éste, al principio y á petición de Gregorio VII, se mostró dispuesto á extirpar en el imperio la plaga de la simonía. Pero una gran victoria conseguida sobre los sajones le hizo tan orgulloso, que no vaciló entrar en lucha abierta con el soberano pontífice. Al efecto, convocó en Worms un *sinodo*, compuesto en su mayor parte de obispos simoníacos que, á instigación suya, depuso á Gregorio VII. Este atentado inaudito obligó al papa á tomar medidas enérgicas: excomulgó á todos los que habian asistido á este sínodo, y especialmente al

emperador, á quien suspendió de su dignidad, prohibiendo á todos los cristianos prestarle obediencia, hasta tanto que abjurara sus errores.

Los príncipes del imperio se reunieron en Tribur para proceder á la elección de un nuevo rey; pero cediendo á las instancias de Enrique IV le concedieron, segun consejo del papa, el plazo de un año para reconciliarse con la Iglesia. El orgulloso tirano, que no habia respetado ninguna ley, se sometió por conservar su corona; se trasladó á Italia, y habiéndose presentado al papa en el castillo de Canosa, en la Toscana, consiguió que le levantara la excomunicación. Sin embargo, esta reconciliación con la Iglesia no era sincera por parte de Enrique, porque continuó rodeándose de hombres sin pudor y de obispos simoníacos; los príncipes de Alemania le depusieron entonces, y dieron la corona al duque Rodolfo de Suabia. Gregorio VII desaprobó al principio este acto, porque esperaba que Enrique IV cambiaria de conducta; pero se vió precisado á excomulgarle segunda vez, por sus violencias contra la Iglesia.

La guerra en Alemania fué favorable á Enrique IV; su rival Rodolfo murió en una batalla; un sínodo de obispos cismáticos reunido en Brescia, en el Tirol, pronunció nuevamente la deposición de Gregorio VII, y eligió en su lugar al arzobispo simoníaco Eniberto de Rávena, que tomó el nombre de Clemente III. Él pasó los Alpes al frente de un numeroso ejército, y puso sitio á Roma. La ciudad le resistió tres años, y cuando al fin se rindió, el emperador se hizo coronar por el anti-papa. Gregorio VII se habia retirado al castillo de Sant Angelo, y permanecía inalterable en medio de las desgracias que le amenazaban. Estaba ya á punto de caer en manos de su implacable enemigo, cuando Roberto Guiscardo, rey de Nápoles y de Sicilia y vasallo de la Santa Sede, fué en su auxilio é hizo retirar al emperador. Gregorio VII se retiró á Salerno, donde murió algunos meses despues, agobiado de dolor, pero lleno de confianza en la santa causa que siempre habia defendido. En efecto, esta causa habia ya triunfado en la mayor parte de los países cristianos de Europa, en Fran-